

CARLOS DANIEL VALCARCEL

**TUPAC AMARU
SAN MARTIN
B O L I V A R**

LIMA - 1972

CARLOS DANIEL VALCARCEL

TUPAC AMARU
SAN MARTIN
B O L I V A R

LIMA - 1972

A
la memoria
de
José Carlos Mariátegui

INDICE

Introducción	7
I. Túpac Amaru	11
II. San Martín	25
III. Bolívar	35
Conclusión	43
Referencias Bibliográficas	47

INTRODUCCION

Entendiendo objetivamente por *independencia* la libertad para todos, como resultado de una voluntad de cambio estructural de la sociedad colonial, es decir con una voluntad revolucionaria, y por *emancipación* la libertad para una minoría criolla, grupo que sustituyó a los españoles y formó un gobierno seudodemocrático, oligárquico, neocolonialista,

rompiendo, por otra parte, con la vieja polémica liberaloide sobre si es más importante el hombre o la sociedad, porque la libertad individual, entendida como una capacidad de decisión desde sí mismo, y el necesario condicionamiento del hombre a los intereses sociales de su grupo, no son nunca antagónicos sino siempre funcionalmente correlativos, punto de vista desde el cual serían los hombres, históricamente, tanto más importantes cuanto representan con mayor cabalidad a sus países, es decir son auténticos voceros de sus pobladores.

en la historia del proceso libertario sudamericano, el vencido prócer Túpac Amaru aparece como el gran precursor revolucionario anticolonialis-

ta de la *independencia*, mientras que San Martín y Bolívar, victoriosos próceres de la *emancipación*, sólo encarnan un progresismo anticolonialista, porque los resultados de su acción liberadora pasarían, en última instancia, a manos de las oligarquías criollas, grupos minoritarios de poder cuya perpetuidad en el gobierno político sufrirá un golpe tardío pero decisivo en nuestro siglo XX.

I

TUPAC AMARU



[Handwritten signature]

Estudio San. 3
TOPAC AMARU
Cajamarca
— 50

JOSE GABRIEL TUPAC AMARU

pintado según testimonios del siglo XVIII
por Milner Cajahuaringa.

Pinacoteca de C.D. Valcárcel.

Reproducido en la **Colección Documental de la Independencia del Perú, Tomo II: "La Rebelión de Túpac Amaru"**, Volúmenes 1º-3º.

La época en que se produce el movimiento precursor de Túpac Amaru es un lapso histórico que corresponde al momento de la "Ilustración". El mundo europeo y sus territorios coloniales, en forma mitigada, sufren el embate de las nuevas ideas republicanas con diferentes perspectivas político-económicas. El absolutismo tradicional en pleno declive cede y va siendo sustituido por un absolutismo ilustrado, paternalista pero ya notoriamente insuficiente. Porque la República constituía la meta precisa de la revolución burguesa.

José Gabriel Túpac Amaru (nacido en Surimana, provincia de Tinta, el 19-III-1738 y muerto en Cusco el 18-V-1781) fue un epónimo representante del grupo de grandes Caciques de origen noble incaico que, conciente de su responsabilidad histórica y dueño de una actitud antigamonalista, luchó por defender a la gente no-privilegiada de su época,

Para sortear los peligros de una censura superlativamente vigilante y su mortal hostilidad, disfrazó desde un comienzo sus propósitos revolu-

cionarios. Sin embargo, a partir ya de esta primera etapa *pacífica*, su crítica estuvo dirigida contra puntos neurálgicos de la economía colonial hispánica, por ejemplo, la mita minera de Potosí —algo análogo al petróleo de nuestra época— y también a defender sus privilegios de Cacique noble que le permitirían tener la fuerza suficiente para arrastrar a una masa “esclavizada” por más de dos siglos y carente de preparación para el decisivo momento de la lucha armada. Por que él se encontró frente al dilema de aceptar la tiranía colonial y vivir con debilidad cómplice o levantarse, venciendo todo género de riesgos, y esperar que el desarrollo favorable de los sucesos fuera vigorizándolo.

En su provincia (Tinta) luchó sin éxito contra los Corregidores y otros funcionarios menores. Después, pasó al Cusco para continuar su litigio. Pero el gran Corregidor de la antigua capital incaica burló asimismo sus peticiones de justicia sin negarle, eso sí, su derecho. Entonces decidió efectuar el gran viaje a Lima y reclamar no ya frente a venales funcionarios sino ante el famoso Virrey y su Audiencia. Aquí descubrió la gran verdad. El engaño y el fraude dominaban lo alto y lo bajo, los burócratas coloniales de Lima y el Cusco estaban corruptos.

Entre tanto, su contacto con los cultos criollos limeños y las nuevas ideas que esgrimían —causantes una década más tarde de la trascendental Revolución Francesa— contribuyeron a la aceleración de su cambio revolucionario. El supo captar la esencia del mensaje ideológico, logrando

sacudirse del interesado paternalismo de los astutos nobles limeños. Su clara línea de predominio incaico, la expresaría repetidamente en forma tajante y clara.

Congeladas sus gestiones en defensa de los indios de Tinta, injustamente obligados a trabajar en el importantísimo emporio minero de Potosí, y del reconocimiento oficial de sus títulos de nobleza, estimulado además por el grupo de criollos limeños y de la nobleza incaica del Cusco, sorpresivamente Túpac Amaru decidió levantarse en forma violenta. Por entonces ya era un sujeto sospechoso y podía en cualquier momento sufrir sanciones. La cárcel y la ejecución sumaria aparecían como su posible futuro, amenazando cortar de un tajo sus ocultos propósitos.

Cuando se levantó (4-XI-1780) realizará actos que indican claramente su meta revolucionaria. Sus hechos serán unos, otros serán sus paralelas cartas y documentos que remitía a las autoridades civiles y eclesiásticas, característica que tipifica su constante acción sagaz. Porque Túpac Amaru tuvo todo en contra suya para levantarse, salvo el número de una masa indefensa y drenada por el grupo títere de los grandes Caciques hispanistas.

Su levantamiento marcará el triunfo de sus estériles reclamos en Lima, el más fuerte baluarte del poder colonial sudamericano. Constituirá un verdadero reto de David contra Goliat, como lo calificó una voz contemporánea en el siglo XVIII.

El acto inicial de capturar y ejecutar al codicioso Corregidor español de Tinta, representa un hecho concreto que él cumplió resueltamente, con frío conocimiento de la magnitud de sus consecuencias, aunque dirá de modo astuto que poseía una Real Cédula del rey Carlos III para ejecutar aquel ejemplar castigo. Era la sanción moralizante contra las autoridades coloniales que abusaban del poder para su propio beneficio. La ejecución fue realizada en la plaza del pueblo de Tungasuca, convertida desde entonces en “la plaza de la justicia social” anticolonialista sudamericana.

Marchó después a las poblaciones cercanas y, atendiendo al clamor de sus huestes enardecidas, destruyó los obrajes textiles, repartiendo los productos entre su gente como un acto simbólico de reivindicación económica. Fue otro golpe a los explotadores colonialistas. Nada hubo más penoso en la época colonial que este tipo de mita textil, trabajo forzado que, desde niños, soportaban los indios con grave detrimento de su salud corporea y espiritual.

En menos de dos semanas, Túpac Amaru sancionaba los abusos económicos de los Corregidores, reivindicaba su derecho de noble incaico con facultad de mando político, neutralizaba en parte el poder de los Caciques hispanistas y extirpaba el penosísimo abuso contra los trabajadores coloniales textiles y mineros.

Casi en seguida realizó un acto de fundamental carácter revolucionario, al promulgar su famo-

so Bando de Libertad de los Esclavos (16-XI-1780), firmado en el pequeño poblado que se conocía bajo el nombre de *Santuario del Señor de Tungasuca*, anexo del pueblo de Pampamarca, todavía inencontrado para nuestra toponimia histórica.

Este golpe del caudillo fue tan preciso y contundente que los españoles lo silenciaron siempre, temerosos de su pésimo ejemplo y de la peligrosísima imitación que hubiese despertado. Sospechosamente nunca lo acusaron de un acto tan grave y corrosivo para la estructura de la sociedad colonial. Constituía en términos actuales, algo parecido a una verdadera socialización de los medios de producción, si recordamos que el negro representaba a la máquina de nuestra época.

Por otra parte, el nombre totémico de Túpac (*resplandeciente*) Amaru (*serpiente*) pasa a inscribirse en el rol mundial de los precursores más notables de la lucha contra la esclavitud, cuyas grandes batallas de justicia social representarán un importantísimo capítulo que corresponderá todavía al siglo posterior.

Tungasuca se convirtió de repente en lugar de reunión y refugio de todas las castas no privilegiadas, de negros esclavos y siervos indios, y el poder del osado caudillo se acrecentó a despecho de los títeres Caciques contrarrevolucionarios.

El vagido del líder popular se propagó impetuoso en alas de la fama, gracias a la aplastante

victoria que obtuvo en Sangarara (18-XI-1780), sobre tropas enviadas por la Junta de Guerra del Cusco cuando apenas transcurrían dos días de su histórico Bando antiesclavista. Aquí los realistas sufrieron el aniquilamiento de un grupo perfectamente armado, importantes jefes y destacados caciques títeres y, en el fragor de la lucha, fue destruido el templo de Sangarara.

El desaparecido cuadro que para la posteridad pintara el zambo libre Antonio Oblitas, después de la victoria tupacamarista, mostraba a Túpac Amaru montado sobre un caballo blanco, llevando “en la caveza las insignias del Inga descendiente de sangre real, y havérselo mandado el revelde, el bastón porque continuamente lo cargaba; que al un lado está la expedición a Sangarara representando la Yglesia quemada con las llamas que salían de ella, y varios muertos, y otros a quienes desnudaban; al otro la carcel de Sangarara, y los Yndios quemándola, y otro Indio agarrando por los cabellos al Carcelero; arriva un quitasol con que andava continuamente el Revelde”¹

La destrucción de la iglesia determinó que el Obispo del Cusco lanzara el anatema de la excomunión contra el caudillo, organizara la milicias eclesiásticas y con ayuda económica, sobre todo del alto clero y otras donaciones, tomase parte resueltamente en la lucha armada. Sin embargo, respondiendo a su llamado de integración social de todas

¹ Archivo General de Indias, Audiencia del Cuzco, Legajo 33. (La frase inicial: “y havérselo mandado el revelde”, alude a cómo quiso el prócer ser representado ante la posteridad — C.D.V.).

las castas, un pequeño número de clérigos y frailes, pertenecientes al bajo clero, militó decididamente bajo las banderas tupacamaristas, siguiendo a su líder por campos y poblados, acompañándolo en los triunfos y en las derrotas. A causa de esto serían más tarde enjuiciados y sancionados, por cierto con menos rigor que a los mestizos, indios y negros.

Después de la victoria de Sangarara apareció la oportunidad de avanzar y ocupar el Cusco. Túpac Amaru no lo hizo de inmediato. Por el contrario retrocedió y fue a combatir en dirección al sector opuesto. Pero Túpac Amaru tenía poderosas razones tácticas para decidir la marcha hacia las provincias meridionales.

Desde Lima y Buenos Aires partieron sendos ejércitos, con gran poder militar, para triturar a Túpac Amaru, colocado entre los brazos de una gran tenaza. Además, sabía éste por aviso de sus espías, que de Arequipa salía una poderosa fuerza armada para combatir su retaguardia. Pero el peligro más inmediato estaba en la provincia meridional de Lampa, limítrofe de Tinta, donde los Corregidores de varias provincias se concentraban y preparaban un ejército para atacar el cuartel general de Tungasuca. Estas alarmantes noticias lo forzaron a combatir en forma preferencial aquella cercana fuerza hostil. Fue una operación de necesaria limpieza previa, que Túpac Amaru ejecutó con éxito mediante hábiles noticias que provocaron la fuga de los Corregidores, sin tener que recurrir a las armas. El guardaba fuerzas y las acrecentaba en lo posible para su próximo gran ataque.

Libre ya de tan inmediata amenaza, marchó al Cusco y le puso sitio (2-I-1781), cuando un primer refuerzo militar de Lima había llegado con matemática oportunidad. Tras constantes pero infructuosos ataques, Túpac Amaru levantó el cerco y retornó a su cuartel general. Tuvo la intención de reatacar la ciudad, pero desde entonces quedó a la defensiva.

La llegada a un poderoso contingente armado al mando de un Mariscal de Campo, Jefes militares, nutrido armamento y todo género de apoyo por parte de los Caciques contrarrevolucionarios, determinó una vigorosa ofensiva realista desde sectores diversos contra el cuartel general tupacamarista. A pesar de su denuedo, el caudillo tuvo que retroceder constantemente. Abrumado por los continuos reveses, pero contraatacando siempre, Túpac Amaru trató de reubicar su cuartel general más al sur.

Sorpresivamente capturado y entregado por un mestizo traidor, subordinado suyo, sería ejecutado con crueldad suma (18-V-1781), en compañía de su esposa, la heroica doña Micaela Bastidas, hijo mayor y principales capitanes. Su fortaleza física hizo fracasar el intento de descuartizarlo entre cuatro caballos y fue decapitado. La razón de tan cruel sentencia era provocar pánico, aterrorizar a indios, negros y mestizos en un supremo esfuerzo de las autoridades coloniales por extinguir de una vez por todas tan peligrosos levantamientos populares. Es una forma de agresión, típica de los colonialistas de todos los tiempos.

A despecho de tanta crueldad, continuó la rebelión capitaneada por Diego Cristóbal Túpac Amaru, lugarteniente del caudillo y primohermano suyo. En este lapso de la lucha, destaca su gran habilidad para la guerra de guerrillas, pero se nota también un vacío incolmable con la desaparición del gran caudillo.

El grito revolucionario de Túpac Amaru tuvo en distintos lugares de Sudamérica análogas repercusiones. A su conjuro se levantaría en el Alto Perú (Bolivia) Túpac Catari. También hubo insurrecciones en otras partes del virreinato de Buenos Aires y en tierras del Paraguay y de la Banda Oriental (Uruguay). Chile fue teatro de algunos conatos que no prosperaron debido a medidas precautorias adoptadas por las autoridades. Más bien, dos franceses intentaron capitanear otra revolución de tipo utópico, tan avanzada que quedaría nonata. Por la parte norte, hay noticia de un brote tupacamarista en Quito. Estaba Túpac Amaru en plena rebelión cuando estalló el levantamiento de los Comuneros, resonando conjuntamente los gritos de adhesión al caudillo peruano, aclamado a la distancia como el alucinante "rey del Cusco". Las nuevas corrieron hasta territorio venezolano y lo conmovieron. Aunque poco después ese movimiento quedó neutralizado.

Por su auténtico contacto con el pueblo, hecho que le proporcionó un vigor increíble, Túpac Amaru se coloca históricamente como el más grande revolucionario de la historia colonial peruana y latinoamericana. Si entonces hubiera tenido la

decidida colaboración de los grandes Caciques hispanistas, su movimiento habría tomado dimensiones insospechables —según afirmación de las propias autoridades españolas.

Como más tarde diría Juan Bautista Túpac Amaru, medio hermano del caudillo, en su famosa Carta a Bolívar (16-V-1825), su larga existencia le estaba permitiendo “ver consumada la obra grande y siempre justa que nos pondría en el goce de nuestros derechos y nuestra libertad; a ella propendió don José Gabriel Tupamaro, mi tierno y venerado hermano, mártir del Imperio peruano, cuya sangre fue el riego que había preparado aquella tierra para fructificar los mejores frutos que el Gran Bolívar había de recojer”.²

Los actos de Túpac Amaru permiten calificarlo como un revolucionario que fracasó en su tiempo, aunque dejó un precioso legado que, inejecutado entonces, es hoy recogido como un mensaje popular que vigoriza la revolución antioligárquica. El lema tupacamarista puede ser expresado mediante tres conceptos, de prosapia incaica: *economía-educación-moralidad*. Por eso, su recuerdo histórico galvaniza la conciencia de nuestro hombre revolucionario peruano y latinoamericano.

² Véase **Testimonios Peruanos sobre el Libertador**, Caracas 1964, pp. 451.

II

SAN MARTIN



JOSE DE SAN MARTIN
(1822)

El Protector

JOSE DE SAN MARTIN.

Museo Nacional de Historia
(Pueblo Libre, Lima).

La etapa en que aparece San Martín corresponde a un mundo distinto. La Francia había pasado del sistema republicano al despotismo bonapartista. Pero se trata de un Imperio que aunque pretendía ser tan absolutista como los tradicionales, debió hacer concesiones a la época. Napoleón fue atacando y destruyendo a los antiguos regímenes con el fin de constituir un nuevo tipo de monarquía. En realidad estuvo dando vueltas a la noria, malgastando su indiscutible genio en detener el progreso social, hasta que despertaron los pueblos y lo derrotaron. Desgraciadamente los resultados de tan heroicas luchas cayeron nuevamente en manos de minorías astutas que canalizarían los resultados en favor suyo y postergarían las urgentes reivindicaciones democráticas.

José de San Martín (n. en Yapeyú el 25-III-1778, y m. en Boulogne-sur-Mer el 17-VIII-1850) luchará precisamente contra las huestes de Napoleón en defensa del pueblo español. Cuando llega a Buenos Aires y toma parte en el proceso político hispanoamericano, su experiencia lo hace suspicaz respecto a la capacidad del americano para cons-

truir por sí mismo un gobierno propio democrático. Tiene una actitud favorable al orden monárquico, pero repudia el absolutismo antiguo. Su término medio será la monarquía constitucional.

Ayudado decisivamente por Pueyrredón, San Martín organiza el Ejército de los Andes, pasa la cordillera y liberta Chile. Fue su más importante momento emancipador, donde brilla su genio táctico y estratégico y su gran previsión. Llamado primero por Pueyrredón y después por Rondeau, necesitados de urgente ayuda contra un posible ataque externo y una peligrosa amenaza interna, preludio de una anarquía corrosiva, San Martín desobedece el llamado patrio, se rebela y, desde Mendoza, rompe contacto con el gobierno de su país (26-XII-1819) al ofrecer al prócer chileno Bernardo O'Higgins el Ejército de los Andes (15-I-1820).³ Entonces se convierte en un general al servicio de Chile.

Aquí se hace patente su elevado idealismo. San Martín sentía una mayor inclinación por la emancipación general de Sudamérica que por la de

³ **Un golpe ignorado por la Historiografía y el colapso de la Logia Lautaro** por Joaquín Pérez. En "Trabajos y Comunicaciones", Rev. de la Universidad de la Plata, n° 20 pp. 269-294.

Complementariamente, del mismo autor:

San Martín y Bustos, Ibid, n° 2, pp. 112-136.

San Martín y el empréstito de 500,000 pesos para la expedición libertadora del Perú, Ibid, n° 3, pp. 193-218.

Las dificultades económicas de la alianza argentino-chilena y sus consecuencias. Un oscuro episodio a la luz de nuevos documentos sanmartinianos. Ibid, n° 17, pp. 153-183.

un determinado país, aunque éste fuera el suyo. Porque hay que ser justos al recordar que también él, como Bolívar (“Confederación de los Andes”), pensó en una unión supranacional, que tituló “Confederación del Sur”, descubriéndose en ambos próceres una coincidente actitud política con la de Gran Bretaña, que antes de 1825 aconsejaba la “formación de bloques fuertes capaces de rechazar con éxito cualquier agresión externa”.⁴

Insistiendo en la precisa idea de culminar la guerra emancipadora en tierras del Perú, foco del poder español sudamericano, San Martín se puso al frente de la expedición naval-militar chileno-argentina. Entonces la condición decisiva para el éxito de la empresa era el dominio del mar. Porque la negativa de San Martín al Gobierno de su país determinó la retirada de tropas bonaerenses del Alto Perú, con las que precisamente San Martín contaba para un simultáneo ataque contra el Virrey Pezuela. La necesaria cofigura de la gran invasión fue el legendario marino inglés Lord Cochrane, cuya constante vehemencia heroica y espíritu de riesgo calculado chocarían en la campaña con la excesiva cautela de San Martín, determinando un lógico rompimiento posterior.

Las condiciones en que el ilustre general San Martín llegaba al Perú eran, pues, diferentes a las que tuvo para su acción militar contra los realistas de Chile. Su plan estaba condicionado por una precedente y necesaria acción marítima, hacia un

⁴ Véase “¿San Martín versus Bolívar?” por C.D.V., en Rev. **Bolívar**, Lima 1970, nº 4, pp. 64.

país de costa muy extensa y una sierra difícilmente dominable, donde el elemento auxiliar de las montoneras rebasaría cualquier plan militar ortodoxo.

Ubicado San Martín en Huaura, acaeció un hecho que merece particular atención por lo que en sí trasunta. Llegó al Perú el enviado español Manuel Abreu, buscando un acuerdo que permitiera la pacificación de las colonias y la rearmonía con la metrópoli. El se entrevistó con San Martín en Huaura (25-III-1821) y permaneció algunos días como huésped suyo. Es evidente que ambos se comprendieron y la simpatía fue mutua, dentro del marco de una común aceptación monárquico-constitucionalista. Ninguno de los dos personajes tuvo entonces conciencia de que esa solución era ya tardía.

Precisamente por su inclinación política, San Martín debió tomar el supremo comando militar y haber dejado la dirección político-administrativa a un hijo del país. El hizo lo contrario y acumuló, bajo el título de Protector, la total jefatura suprema del Perú.

Directamente agraviado por este exceso de poder fue una gran figura de nuestra emancipación, después empequeñecida debido a múltiples cuestiones circunstanciales: el limeño José Mariano de la Riva Agüero, conspirador por antonomasia de la etapa anterior a la llegada de la expedición liberadora. (¿Se ha exagerado interesadamente el desprendimiento de San Martín?). Su acaparamiento de los poderes político y militar y el postergamiento

de Riva Agüero en la dirección política del país trajeron consecuencias negativas que sufriría el Perú poco después.

Esto ha sido olvidado gracias a la leyenda dorada con que los oligárquicos nobles limeños envolvieron constantemente la figura de San Martín, a quien considerarían siempre un escudo favorable para sus privilegios, mirando en cambio con marcada antipatía a Riva Agüero, el dinámico agente emancipador, llamado inicialmente a ser el líder político del Perú. De no haber sido este sarcásticamente relegado al cargo de "Presidente de Lima" (Prefecto), la vida político-administrativa del Perú renovado hubiese tenido un comienzo excelente. El grupo peruano pudo haberse adiestrado convenientemente en las complicadas tareas de un gobierno propio, mientras contaba con el sólido escudo militar del general San Martín. Aquí Riva Agüero es el vivo ejemplo de la frustración de los peruanos, en campos diversos a través del tiempo, por acción de sus propios compatriotas, a punto tal que hasta este novísimo momento histórico en que vivimos podríamos sostener que, casi siempre, la oligárquica república peruana fue madrastra de sus hijos y madre de los ajenos.

La campaña de San Martín era lenta y parpadeante. No entró con vigor en la sierra, permitiendo que los españoles consolidaran una sólida capital en la ciudad del Cusco, cuna tradicional de importantes rebeliones coloniales, emancipada solamente después de la victoria de Ayacucho. Su gestión política indecisa desembocará en una ino-

portuna retirada del Perú, cuando precisamente aquí se pasaba por momentos difíciles, poniendo en grave peligro todo lo hecho con anterioridad. Porque dejar el poder en manos de un Congreso Constituyente en momentos que se libraba una cruenta guerra, Congreso que delegaba su poder ejecutivo en una Junta Gubernativa de tres miembros deliberantes, determinó la única urgente y dramática respuesta posible: la toma del poder por Riva Agüero, desgraciadamente algo tarde y en condiciones que determinarían su ruina como gobernante.

Opacado Riva Agüero por la excesiva interferencia personalista de San Martín, “transitoriamente ambicioso de poder”, aparecerá poco después, en el lapso bolivariano, el otro gran representante del Perú: José Sánchez Carrión, cuya fulgurante carrera quedaría trunca por un fallecimiento prematuro.

Podría afirmarse que San Martín es el representante de una promesa de libertad incumplida, porque dejó el poder sin terminar la lucha emancipadora y lo entregó a una minoría perteneciente al régimen virreinal que adoptó una postura seudodemocrática y ha vivido anacrónicamente enquistada hasta el presente. Fue un reformista no-revolucionario, sin fe en la capacidad de nuestro pueblo para construir una nueva sociedad republicana.

III

BOLIVAR



El Libertador
SIMON BOLIVAR,
pintado en Lima por José Gil.

Museo Nacional de Historia
(Pueblo Libre, Lima).

Por la misma época Simón Bolívar (n. en Caracas el 24-VII-1783, y m. en San Pedro —cerca de Santa Marta— el 17-VII-1830) es un fulgurante personaje de la emancipación hispanoamericana. Su idea dominante es que la emancipación de nuestros pueblos exigía una inmediata unión, porque de lo contrario sería fácil presa futura del gran coloso que veía constituirse en el hemisferio norte. Su idea de crear los Estados Unidos del Sur para oponerse a los del norte tiene la grandiosidad de un superestado dentro de la concepción política bonapartista. Alguna vez diría Bolívar: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de La libertad”.⁵ Era necesario, en consecuencia, rebasar las ambiciones locales de los grupos oligárquicos criollos y aplastarlos en caso necesario. Su genial visión de futuro, que sigue alumbrando el pensamiento político de Latinoamérica, es una prueba fehaciente de su acierto.

⁵ **Carta** de Bolívar al coronel Patricio Campbell, Encargado de Negocios de Gran Bretaña. **Obras Completas**, 2a. edición, Cuba 1950, vol. III, pp. 279.

La tarea era muy grande aún para Bolívar. Su estrella declina en el preciso momento que de un tajo elimina a sus enemigos hispánicos. Al triunfar decisivamente en Ayacucho (9-XII-1824), caerá de inmediato de su posición dominante de de líder.⁶ En el futuro se desgastará en luchas intestinas.

Su gran idea amaneció muy temprano y no pudo resistir al embate de los nacionalismos incipientes que provenían de las oligarquías criollas. Un ejemplo es el de Bolivia. No fue separada del Perú para debilitarnos —como prejuiciosamente se ha dicho— sino porque Bolívar estaba ya decidido a escuchar el parecer de los grupos dominantes locales, pues comprendió ser inoperante toda otra posición. Empeñarse en una lucha contra los hombres que acababa de libertar era algo contradictorio y suicida.

Pero Ayacucho tuvo también una gran significación para Hispanoamérica. Esta victoria detuvo los manejos reaccionarios de la llamada Santa Alianza, que preparaba el envío de un poderoso ejército punitivo sostenido por las grandes potencias colonialistas. Porque Canning, al tener noticia del decisivo triunfo emancipador, reconoció a los nuevos Estados y abrió las puertas de Latinoamérica al neocolonialismo económico británico.

⁶ Agudamente, aunque en otro sentido, Bolívar dijo, en su *Carta* al Gral. Francisco de Paula Santander: "El primer día de paz será el último de mi mando". *Obras Completas*, Ibid. Vol. I, pp. 452.

La llegada del libertador Bolívar al Perú y su decisivo triunfo en el que colaboró decididamente su eminente ministro Sánchez Carrión, culmina una antigua y común tarea emancipadora que, en un plano continental, compartió con San Martín. Entre ambos no existió emulación básica.⁷ Por su ideario separatista y por su participación en libertarias sociedades secretas comunes, para ambos próceres lo principal era la emancipación de los pueblos de América. Todo lo que, en última instancia, le fuese opuesto debía ser abandonado y aceptado todo lo favorable. Dados los crecientes obstáculos existentes en el Perú, San Martín dejaría los campos de batalla a Bolívar y pasaría a Europa para luchar en un campo de manejos diplomáticos, orientados a evitar la formación de núcleos de poder colonialista contra Hispanoamérica.

Pero el ilustre caraqueño dejó, como San Martín, la sociedad emancipada en manos de los criollos que perpetuarían el servilismo colonial. No pudo modificar las estructuras de los países liberados. Quizá lo hubiera ejecutado desde el elevado sitio de gobernante de la Confederación de los Andes, pero esta es una posibilidad hipotética no una concreta realidad histórica. Bolívar, en última instancia, cumpliría en el Perú la promesa sanmartiniana, pero lo emancipó sin transformarlo socialmente.

⁷ Véase **Notas referentes a la salida de San Martín del Perú** del historiador argentino Jorge Bas.

CONCLUSION

San Martín y Bolívar, eminentes próceres hispanoamericanos, fueron triunfantes emancipadores progresistas, anticolonialistas no revolucionarios;

en cambio, el vencido Túpac Amaru (caudillo popular vigorizado por su directo contacto con las masas aunque sin medios para culminar su empresa) fue un anticolonialista revolucionario, porque pretendió modificar la estructura social del Perú al atacar las principales fuentes de la economía colonial y propiciar una justa integración social de su diferentes castas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

SOBRE TUPAC AMARU

La Rebelión de Túpac Amaru, por C. D. Valcárcel
(México, Edt. Fondo de Cultura Económica, 1a. ed. 1947; 2a. ed. 1965; 3a. ed., Edt. Universo, Lima, 1970).

Túpac Amaru, el revolucionario, por C. D. V.
(Lima, Edt. Moncloa-Campodónico, Col. "Tiempo", 1970).

El Retrato de Túpac Amaru, por C. D. V.
(Lima, Lib. Studium, 1970).

Túpac Amaru, por C. D. V.
(Lima, Edt. Jurídica, 1971).

La Rebelión de Túpac Amaru
Colección Documental de la Independencia del Perú,
Tomo II, Volúmenes 1º-3º. Lima, 1971. Edición y
Prólogo de C. D. V.

SOBRE SAN MARTIN

Bibliografía del General Don José de San Martín y de la Emancipación Sudamericana, por Carlos Salas. Buenos Aires, 1910. 5 tomos.

Notas Referentes a la salida de San Martín del Perú, por Jorge Bas. Córdoba, Imprenta de la Universidad de Córdoba (Argentina). 65 pp.

Revista "Trabajos y Comunicaciones", Nos. 1-20, órgano del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina).

SOBRE BOLIVAR

Obras Completas. Correspondencia. 2a. edición, Cuba, 1950. 3 volúmenes.

Imprenta de la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos